

Mejor sin nadie

La tentación del solipsismo panteísta

José Angel García Landa
Vanity Fea (21/07/2024)

Las cartas de Pierre Teilhard de Chardin a su prima Marguerite Teilhard-Chambon durante los años de la Primera Guerra Mundial fueron editadas con el título *P. Teilhard de Chardin: Génesis de un Pensamiento*, con un prólogo de ella bajo su seudónimo literario de "Claude Aragonnès".

En las cartas relata Teilhard episodios de su vida como camillero y sacerdote en el ejército francés, y sobre todo medita sobre sus intuiciones teológicas y su relación con Dios, que encuentra a la vez consoladora y problemática, pues lejos aún de los misticismos evolucionistas del *punto Omega*, porfía Teilhard en la eterna trampa de intentar ver la historia y la humanidad como guiada y observada (nunca "caprichosamente atormentada") por un Dios personal, esa imposible mezcla de trascendencia cósmica y de "amigo imaginario" que lleva a las mentes a laberintos de espejos, incertidumbres intransitables y despeñaderos abisales—

Hold them cheap

May who ne'er hung there.

Esfuerzos vanos o contradictorios cuando Teilhard intenta extraer una teodicea de las atrocidades y brutalidad estúpida de la guerra, viéndola como el lugar donde está la acción creativa del mundo, como un conflicto del mundo consigo mismo que es para bien, pues lleva a un avance moral colectivo, a una mayor integración y una espiritualidad superior, etc. etc....

En fin, entre las perplejidades a que se aboca Teilhard intentando justificar ante su prima el sentido divino de la labor de ambos, y buscando más luz en su relación con el Gran Amigo, hay un pasaje revelador—revelador de la otra cara del heroico camillero y del dedicado y piadosísimo sacerdote. Una cara de su personalidad podríamos decir muy poco cristiana, e incluso muy poco humana, aunque quiénes somos para decir lo que es poco humano o demasiado humano.

Vamos, que es una fea idea o una fea actitud o tendencia (fea a la vez que "muy devota y muy mística") la que Teilhard confiesa a su prima en confianza, aunque no exactamente como quien confiesa un pecado (y eso que no es algo como para irlo diciendo por ahí, aunque al parecer sí es publicable).

Digo que no me parece muy cristiano, o muy "católico" al menos —pero ya avisaba Nietzsche contra una tendencia malsana en el cristianismo, el rechazo al mundo, el tanatismo o desprecio de lo existente en aras de un mundo mejor. Tendencia virtuosa o desprendida, que si se sale de madre

puede inducir a actitudes francamente desagradables o indeseables.

Es un pasaje el que digo donde se juntan en Teilhard de modo inextricable el amor místico a Dios y un cierto satanismo presuntuoso y mefistofélico. ("Ójala nunca hubiera sido creado nada", meditaba a solas Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe). Unas tentaciones solipsistas que ni Max Stirner las querría. Por no decir una prepotencia cósmica, un egoísmo galáctico, un elitismo de vértigo, un tanatismo ascético y una misantropía larvada que al parecer el buen sacerdote hacía mucho por no manifestar de maneras ofensivas en su día a día.

En fin, ésta es la idea abisal de Teilhard— que no digo yo que vaya a causar escándalo hoy. De hecho podría augurar un nuevo brote de teilhardismo entre los actuales *animalistas*, *extincionistas* y *antinatalistas*:

Por mi postal de anteayer, habrás sabido que he recibido tu carta del 10 de agosto [de 1917]. ¿No es curioso que ambos tengamos la misma debilidad, por la vida de contemplación egoísta, sin nada que la perturbe y donde ningún tercero (a menos que sea elegido para ello) se interponga inoportunamente entre los dos esenciales, el alma y Dios? Tienes razón, hay que reaccionar. Además, naturalmente hablando, el "otro" (es decir, todo el mundo, salvo una decena de humanos admitidos en nuestra órbita) es un intruso que nos importuna. Al menos, yo lo siento así, en

algunos momentos. Intuitivamente, yo preferiría una tierra llena de bestias, a una tierra llena de hombres. Cada hombre tiene un pequeño mundo aparte, y este pluralismo me es esencialmente desagradable. Es preciso recordar que estamos en devenir, y que toda esta multiplicidad, por la caridad que Nuestro Señor nos exige, contrariamente a nuestros gustos, acabará por no ser más que uno... Es, sin duda, un aumento de esta Unidad, pagado con nuestro esfuerzo por salir de nosotros, lo que se traiciona por este aumento de nuestra vida interior, que sigue a la exteriorización caritativa de nosotros mismos, de que tú hablas. En estos momentos, como en los de sufrimiento providencial, se siente de una manera extraña que nuestra verdadera fuerza no está en nosotros, sino que nos viene de otra parte, cuando plegamos nuestra libertad a unas condiciones de existencia que no tienen nada de común con nuestras pequeñas combinaciones personales. (242-43)

Quizá haya que ver en todo esto en parte un *síndrome de la mili*, con Teilhard a la vez fastidiado por la despersonalización del ejército o por el exceso de intimidad a que obliga, y fustigándose a sí mismo para sobrellevar lo que vaya viniendo, por la disciplina debida y por abnegación cristiana. Luego, sin embargo, escribiría un ensayo sobre "La nostalgia del Frente"...

En todo caso arrojan estas reflexiones una luz curiosa sobre la personalidad que llevó a Teilhard a

su curioso apocalipsis divino o Big Crunch teológico en el que toda diferencia y contradicción se subsumen en un Dios autocontemplado que —por fin— está solo y absorto consigo mismo, una vez depurada su Noosfera, y superadas (*aufgehoben*) sus creaciones y meditaciones. Como si *nunca hubiera existido nada* (momento que los cosmólogos más autorizados, desde Shakespeare, nos dicen que sin duda ha de llegar aunque nadie lo vea).

Se preguntará uno qué pinta Cristo en todo eso, pero para el axiomáticamente cristiano Teilhard, no podía ser de otra manera: Cristo, dios y hombre, es ya la conjunción de la totalidad cósmica y de la perspectiva humana:

"Después de todo, es que Nuestro Señor no es la "humanidad", e incluso "la Creación en persona"? ¿Y no es el encanto definitivo de su ser la reunión en El del Centro y de la esfera?" (291)

En la visión de Teilhard, el universo no existe plenamente en tanto que materia—de hecho, ni siquiera la materia es propiamente materia sino para el espíritu—y para él como para Berkeley, el universo es, contra todas las apariencias, un vasto fenómeno espiritual, en fase de construirse a través de la evolución del espíritu. El universo que creemos ver fuera de nosotros está en la mente. Al final estaría el célebre Punto Omega. Entretanto,

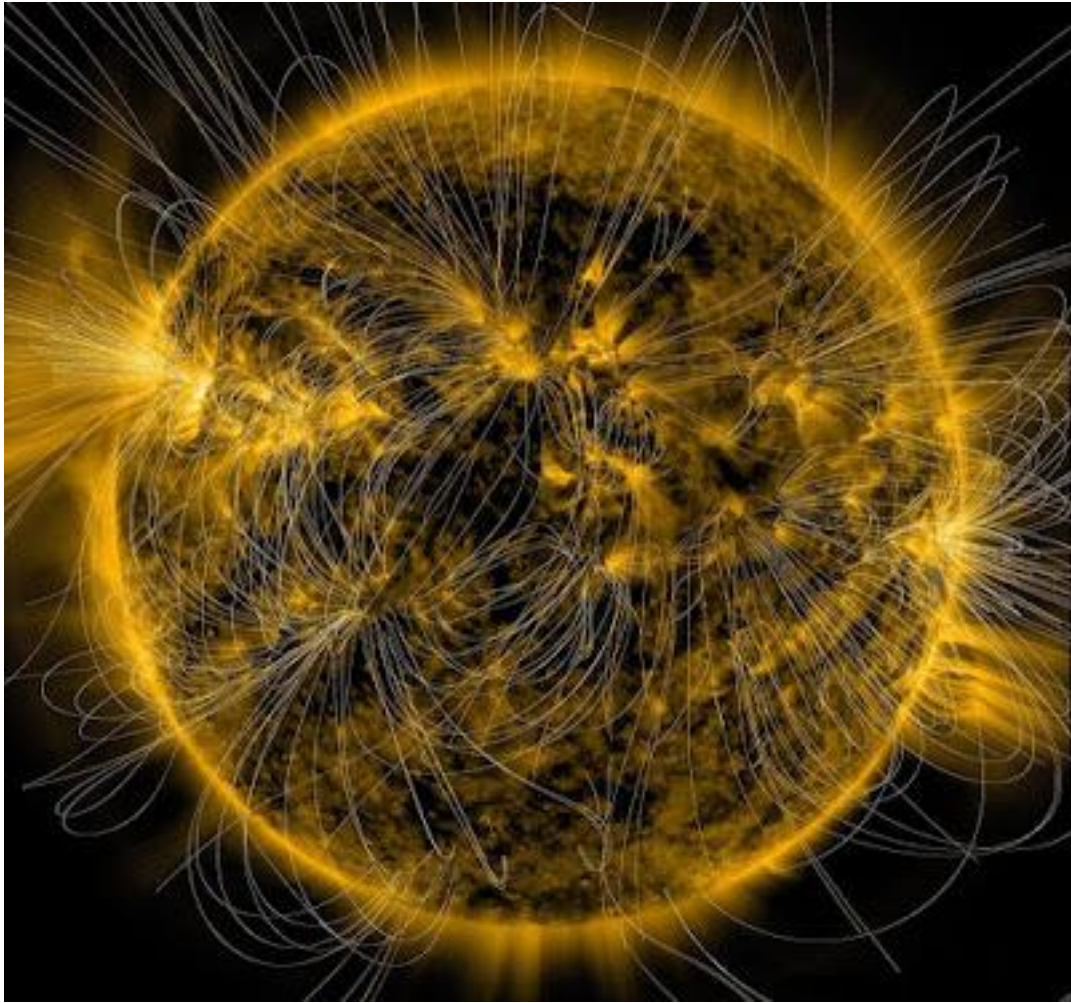
"la sustancia de nuestros estados de conciencia, es decir, la materia del Universo, en tanto que es experimentada por nosotros, representa lo absoluto." (257)

Influido en su visión histórica por el evolucionista cósmico H.G. Wells, a pesar del ateísmo de éste (327), Teilhard también veía a la humanidad alzándose desde una existencia física hacia una espiritualidad que para él no podía sino culminar en Dios, al final de la Historia.

La tentación solipsista consiste en reducir el Universo a una vasta construcción mental—la mía—y como vemos también Teilhard la sentía, buscando un atajo místico que condujese del alma humana a Dios, haciendo abstracción de todo lo demás—y de todos los demás.

Es una tentación mística peligrosa por su elemento de ambición disfrazada de ascesis—peligrosa para la salud mental quizá, pero sobre todo para la caridad cristiana, para la doctrina social de la iglesia y para la teología más ortodoxa; un resbaladero reflexivo que termina en la identificación autocontemplativa de mente, universo y Dios.

Ni Lucifer ni Prometeo hubieran aspirado a tanto...



[Nacimiento de la Noosfera](#)

—oOo—